lado la vida de familia, los goces fáciles y santos de la vida doméstica? ¡Todo habia desaparecido ante sus ojos como humo vano!

Sin detenerse á pensar que aquello que habia deseado no habia sido con verdad, con sinceridad, con pureza de alma, sino mirando solo á su fortuna y á su vanidad más que á su dicha, Isolina, ya en el estío de la vida, halló en sí misma la fuerza para lanzarse en el torbellino que habian agitado los primeros años de su juventud.

La desgraciada, no solo no queria saber que el secreto de la dicha consiste en ocuparse constantemente de los demás y muy poco de sí mismo.

Algunos dias despues, el conde y la condesa de Royé, vivamente interesados por lo que llamaban con suma bondad el génio artístico de Isolina, alcanzaron que hiciera una prueba ante uno de los primeros actores de Madrid, recitando en su presencia algunas escenas de diferentes obras.

Esta prueba tuvo lugar en la casa de aquellos amigos, que sin saber lo que hacian, contribuian al extravío de aquel espíritu débil.

Solo el conde y la condesa la presenciaron. Cuando acabó, el actor, que era tambien empresario, la dijo que estudiara y se preparara para hacer con él *Los amantes de Teruel*, obra siempre aplaudida y siempre querida del público, y en la

cual, á su juicio, debia desempeñar maravillosamente la parte de Isabel de Segura.

VI.

Un apacible cuadro de interior tenia lugar dias despues en una linda casita de Passy.

Por las ventanas bajas de la habitacion, que conocimos al principio de esta historia, asilo apacible de madame Blarú y de sus hijos Octavio y Emma, se divisaba á estos tres personajes en compañía de otros dos, con los cuales va á hacer el lector un agradable conocimiento.

Era el uno un hombre jóven aún y dotado de gran belleza; pero lo que sobresalia en su fisonomía era la noble alianza del talento y de un alma generosa y buena; los trabajos sérios, las largas vigilias, habian vestido sus facciones de una palidez mate y uniforme; pero aquella palidez estaba llena de nobleza y distincion.

Era Gustavo Marsillac, abogado de buen nombre en Paris y que empezaba á hacerse ilustre; compañero de infancia de Octavio y esposo de Emma Blarú, de quien habia sido el solo y único amor.

El otro personaje era una bella niña de tres años, hija de Emma y de Gustavo, y que se lla-

maba Constanza, como su abuela materna. La niña tenia una cabecita rubia y rizada y la cara de un ángel: arrodillada ante su madre, tenia entre las de esta sus dos manos juntas y repetia una oracion que su madre le iba enseñando palabra por palabra.

Madame Blarú conservaba siempre su aspecto hermoso, inteligente y tranquilo.

Emma, su belleza celestial, aumentada aun con la expresion augusta de la maternidad.

Octavio dejaba leer en su hermoso rostro una expresion de dicha melancólica y reposada.

Cuando la niña hubo terminado su oracion, su madre la levantó en sus brazos, la sentó en su falda y la besó con una ternura apasionada su frente y sus cabellos.

—Cuando tengas un ángel así, hermano mio,—dijo mirando á Octavio,—nada echarás de menos en la tierra.

El pintor guardó un triste silencio.

—Ofendes al cielo,—dijo Mr. Marsillac,—cuando no te llamas dichoso, pensando en el tesoro que te dan con Ana. ¿No te parece la suprema dicha el casarte con esa adorable niña, de la que eres el primero y el único amor?

—Así lo pensaria si pudiera arrojar de mi pensamiento esa imágen funesta, mi querido Gustavo. Miss Sheridan no merece un corazon ocupado con un amor imposible como el mio lo

está; merece un corazon entero y dedicado solamente á ella.

—Ninguno de los dos habeis sabido amar mas que una sola vez,—dijo Constanza con un suspiro;—y esta bella cualidad del alma que en tu hermana me llena de orgullo y de alegría, porque ha alcanzado la dicha en su amor, en tí, hijo mio, me llena de consuelos!

—No puedo olvidarla,—murmuró Octavio.

—¿No sabes que prefiere la vanidad á tu cariño, la esperanza de la fortuna á la vida modesta y feliz que tú la ofrecias?—¿No sabes que se casó olvidándote?—¿No sabes que va á volver al teatro, no desengañada aún con sus pasados dolores?

—Todo eso lo sé, madre mia, y todo eso me hace compadecerle: por eso aumento mi deseo de permanecer libre para ella! El corazon me dice que dentro de poco me necesitará. Ana es una niña que entra ahora en el camino de la vida; es rica, hermosa, tiene una madre que la adora. Si esta última prueba sale mal,—¿qué amparo, qué refugio queda á esa desventurada, casado yo?

—¿Y si Ana se muere?—exclamó Emma; tienes tú derecho de matarla?

—No,—dijo Octavio:—Ana tiene derecho á ser dichosa; ella me ama con pasion y yo debo pagar ese inocente y puro amor.

—Despues de casado te darás el parabien;—di-

jo Gustavo, que jugaba con su hija, en tanto que su esposa habia tomado una labor de tapicería:—valor, hermano; dentro de pocas horas serás, á pesar tuyo, el mas dichoso de los hombres.

—Mañana,—murmuró Octavio.

—Mañana,—repitió alegremente su hermana, —mañana tu suerte se habrá fijado de una manera estable y dichosa.

En efecto, al dia siguiente, un expléndido casamiento se celebró en la iglesia de Santo Tomás de Aquino; una larga fila de coches estacionada delante de la iglesia, dejó salir de sus senos algunas de las damas más elegantes de la alta sociedad parisiense; la inglesa se hallaba tambien representada allí, y las rubias ladys cargadas de encajes y de sedas fueron rodeando el altar de los desposorios como una bella guirnalda de flores animadas y encantadoras.

Gran número de caballeros ya vestidos del severo traje negro, ya luciendo soberbios uniformes, animaron aquel jardin flotante y formaron en derredor de Miss Sheridan como una corte de honor.

Al entrar la desposada en la iglesia, un murmullo de admiracion y simpatía se dejó oir en torno suyo. Era una niña que no llegaba á quince años, alta, pero débil y pálida, como si el dolor y la enfermedad hubieran clavado á un tiempo en su frágil naturaleza sus aceradas garras; mas

á través de su palidez y de su casi diafanidad, una alegría indecible reinaba en sus ojos y parecia como que el alma entera de aquella niña nadaba en un pliélago de dicha.

Su madre la seguia algun tanto pálida tambien, y llevando en la frente escrito á la vez el gozo y la zozobra. El traje de lady Sheridan era magnífico y sus brillantes valian una fortuna.

En cuanto al novio, estaba grave y melancólico. En sus facciones habia, sin embargo, tanta serenidad y nobleza, que respondia de la dicha de la desposada: era además un hombre que llegaba á la edad madura, y podia comparársele al fruto maduro y á la tierna flor llena de aroma, condiciones necesarias para la felicidad de la vida en la que la mujer necesita de proteccion y el hombre tiene el noble papel de protector.

Cuando salieron unidos para siempre, Ana Sheridan se apoyaba en el brazo de su esposo y su lindo rostro brillaba con una alegría más pura y más completa.

Aquella noche salieron para Madrid los recien casados y Constanza, ó sea madame Blarú.

Lady Sheridan salió tambien para Lóndres: su hija estaba salvada: tenia asegurada su dicha é iba á buscar lo que tanto habia anhelado en su matrimonio con el marqués de Baltimore.

Antes de salir, puso en manos de Octavio dos millones, que constituian el dote de su esposa.

VII.

Los recien-casados se hospedaron en *La Corona de Oro*, magnífico hotel situado al fin de la carrera de San Jerónimo y cerca ya del Prado, entonces verde y fresco, pues se estaba á mediados de Abril.

Madame Blarú, que sabia las señas de la habitacion de su cuñada, la señora de Herrera, por habérselas dicho lady Sheridan, que las sabia por la condesa de Royé, fué al instante á verla, pues siempre le habia profesado estimacion, amando además tiernamente á Isolina.

Madre é hija la recibieron con alegría, despues de tantos años como hacia que habian dejado de verse: no obstante, Isolina notó con secreta amargura la elegancia del traje de su tia, su aspecto tranquilo y juvenil para su edad y el perfume que se exhalaba de toda su persona.

—¿Y Octavio?—preguntó doña Magdalena,—pues su hija no se atrevia á nombrar á su primo, de quien habia sido tan amada y al que habia tratado con tanta ingratitud.

—Se ha casado, y yo he venido con él y con su esposa.

—¡Se ha casado!—repitió Isolina, á cuyo rostro acudió un vivo rubor.

—Con una niña encantadora que acaba de cumplir catorce años, que es de la más alta aristocracia inglesa y que le ha traido dos millones de dote.

Madame Blarú dijo todo esto con una especie de orgullo vengativo: amaba á su sobrina, pero no podia olvidar que habia desdeñado el afecto tierno y profundo de Octavio, y que éste habia sido muy desgraciado á causa de este desden; á pesar de la bondad natural de su carácter, no podia olvidar los pesares de su hijo.

Isolina tuvo un instante de despecho; mas bien pronto pensó que aunque se hubiera casado con Octavio, no hubiera sido dichosa, pues ni el uno ni el otro tenian fortuna para vivir en el seno del lujo que ella ambicionaba.

—Veré con el mayor placer á mi primo y á su jóven y bella esposa, tia mia,—dijo alegremente,—y tú me harás la justicia de creer cuán dichosa soy al verle feliz y contento. ¿Y Emma es igualmente feliz?

—Tanto cuanto puede serlo una mujer; ya sabes, mi amada Isolina, que sus gustos son modestos y sencillos, que solo ha amado á Gustavo y que con él se ha casado: tienen una niña muy hermosa y una feliz medianía. Las aspiraciones de mi hija no van más allá de las paredes de su casa y las ideas que te exponia cuando érais tan amigas y que tú combatias con toda la fuerza de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY

un alma fuerte y apasionada han permanecido en ella frescas y puras como las violetas entre la yerba de un verde campo en primavera.

—¡Cuánto me he acordado de la amiga de mi infancia en medio de todos mis pasados triunfos artísticos!—exclamó Isolina,—¡y cuánto daria por que asistiera al teatro la noche que voy á pisarle de nuevo!

—¡Cómo,—exclamó Constanza,—vuelves al teatro!

—Dentro de tres dias.

—¿Pero nos han dicho que habias perdido la voz?

—Para el canto.

—¿Vas ahora á declamar?

—Sí, tia mia.

La anciana madre suspiró, y nada añadió á las palabras de su hija, en cuya frente brillaba una radiosa esperanza.

—Durante algun tiempo,—prosiguió Isolina, que comprendió lo que pasaba en el corazon de su madre,—aspiré á dejar la vida del arte por la de la familia, y todas las vías se me cerraron para llegar á ella. ¡No me quejo; acaso el cielo me destina para esta vida llena de emociones, que es la que más ocupa mi espíritu y mi pensamiento; acaso piensa premiar en ella el afan que tengo de dar á mi madre la fortuna y el bienestar!

—Al decir estas palabras Isolina echó los brazos al cuello de su madre y la besó tiernamente en ambas mejillas; mas antes de separarse del seno maternal, se echó hácia atrás é hizo un gesto de dolor y de fatiga.

—¿Qué te sucede, hija mia?—preguntó madame Blarú;—te has demudado...

—Nada, nada,—repuso Isolina;—un vahido, un mareo... jamás puedo hablar de mis desgracias pasadas sin conmoverme; decia, pues, que anhelo para mi madre la comodidad y el bienestar. ¡Es tan triste, tia mia, este estado de dependencia! ¡Es tan amargo el vivir de los beneficios agenos! ¡Ah! yo me inclino ante la mano de Dios que me ha castigado, pero le pido que esta mano me sostenga para salir del abismo de la pobreza. ¡Ahora trabajaré por mi madre y para mi madre!

Isolina calló, y llevó de nuevo la mano á su frente; su madre separó aquella mano y puso la suya; la frente de Isolina abrasaba como si estuviese llena de fuego interiormente.

—Recógete un momento, hija mia,—la dijo su madre:—estudias demasiado, y estás muy fatigada; vé á tu cuarto y reposa un rato.

Isolina salió: su paso era vacilante: el aposento daba vueltas ante sus ojos; su cabeza ardia.

Cuando hubo desaparecido, su madre miró desolada á madame Blarú, y exclamó:

—¡Que Dios tenga piedad de nosotras! ¡Pídele,

Constanza, tú que eres tan buena, que no vuelva á destruir todas las esperanzas de mi pobre hija!

Madame Blarú la estrechó la mano.

—Hasta luego,—dijo;—esta noche volveré con Emma y Octavio, pues creo que Isolina no se halla en estado de salir.

—¿Crees acaso que se halle sériamente enferma?—exclamó la anciana alarmada.

—Creo que su imaginacion la puede matar,—repuso Constanza;—pero ten esperanza en Dios.

VIII.

Los temores de madame Blarú no eran infundados; cuando por la noche fué con sus hijos á casa de las señoras de Herrera, halló profundamente afligida á la madre y á la hija cerrada en su cuarto.

Octavio pudo apenas hablar á su tia: el médico habia declarado que Isolina tenía una fuertísima calentura, y que habiendo una grande epidemia de viruelas, acaso apareceria muy en breve la erupcion con una fuerza terrible.

—El médico,—añadió doña Magdalena,—no me ha ocultado que á la edad de mi hija, esta enfermedad es sumamente peligrosa, y que la epidemia hará muchas víctimas.

La voz faltó aquí á la desdichada madre, y una palidez mortal cubrió su rostro al pensar que quizá iba á perder á aquella hija que acababa de recobrar despues de tantas penas.

Octavio se dió prisa á sacar de allí á su jóven esposa. Aquella atmósfera podria estar inficionada de miasmas mortales, y á la edad de Ana era un deber imperioso el preservarla de ellos.

La enferma oyó desde su cuarto la voz de aquel hombre que tanto la habia amado, y sintió en su pecho por la primera vez el amargo sentimiento de haber perdido una felicidad con base sólida, aunque modesta.

—¡Ah!—dijo:—¡Qué dichosa podria yo haber sido con Octavio! ¡El más cruel castigo que podian imponerme era el de reconocerlo cuando ya he perdido la dicha para siempre!

Cuando salió su primo, oyó el ruido de sus pasos unido al roce de un traje de seda, y oyó tambien que su primo decia:

—Ven, Ana: salgamos de aquí; tiemblo por tu salud, que aquí está en peligro.

Dos lágrimas amargas cayeron por las mejillas de la pobre enferma, y un sollozo desgarró su pecho.

Octavio le huia: ¡él que le habia amado durante tantos años tan constante y fielmente! ¡Si hubiera sido su esposa se hubiera hallado á su

lado consolándola, rodeándola de ternura y de cuidados!

La mano de Dios pesaba sobre aquella cabeza, tan henchida hasta entonces de vanidad, tan agena á las ideas de modestia, de moderacion cristiana: mas una reaccion saludable tenía lugar en aquella alma rebelde, y en la mirada que elevaba al cielo, en tanto que un agudo dolor descomponia sus facciones, se leia todo un poema de dolor y de resignacion.

Sola, desolada, triste, atacada de una enfermedad que comprendia demasiado podia ser mortal; caida desde el emporio de las vanidades humanas al abismo de la pobreza y de la oscuridad, Isolina se volvió hácia Dios, supremo consolador de los afligidos y de los tristes: apenas pensaba ya en los nuevos triunfos que habia ambicionado y que pensaba conquistar en la escena, y se repetia estas severas palabras del Evangelio: «Dios rompe lo que no se inclina bajo su mano.»

Cuando á las diez de la noche volvió el médico, halló al lado de la cama á la anciana madre, que lloraba y rezaba, y á la buena Josefa, la lavandera, que cuidaba con igual solicitud de la madre y de la hija.

Todos los indivíduos de la familia, excepto la buena y generosa Constanza, habian huido ante el temor de la epidemia. Octavio, casado ya, pensó solo en su mujer, en aquella niña de-

licada y bella que le habia amado con un cariño tan puro y tan fiel.

Isolina habia muerto para él: así se hacia un deber el considerarlo, y este deber se hallaba muy acorde con su egoismo de esposo feliz y orgulloso de su mujer.

Constanza se instaló en casa de las dos desdichadas mujeres, y anunció á Octavio y á su esposa que para no llevar con ella miasmas perjudiciales, no volveria á su lado hasta que Isolina hubiera salido de la crísis terrible que la amenazaba, y que ponia, á no dudarlo, su vida en peligro.

—¡Pero eso es un enorme sacrificio, madre mia!—exclamó Ana, que adoraba á madame Blarú.—¡Exponer tu vida, que es nuestra!

—¡Déjame acudir al lado de la desgracia, hija mia!—suplicó aquella mujer ejemplar:—Dios ha dicho: «Curaos los unos á los otros;» déjame cumplir este dulce precepto y que acuda á consolar á la que fué la única hermana de mi esposo y á su desdichada hija.

—Pero ¿no la proteje la condesa de Royé?

—Sí, hija mia; pero no va á verla; su esposo se lo ha prohibido, temeroso del contagio: el conde no ha profesado jamás gran simpatía á la pobre Isolina.

—Es una cosa muy extraña,—dijo Octavio con su dulce gravedad,—el que en tanto que esas ar-

tistas están llenas de gloria y de homenajes, los hombres pierden por ellas el juicio y son sus más ardientes defensores, mientras las mujeres las temen, y acaso las ódian; pero así que caen en desgracia, se hacen indiferentes para el sexo fuerte, y el débil las acoge bajo su proteccion.

—Dios ha dado á la mujer la facultad y la posibilidad de amar, de consolar y de perdonar siempre: la dicha nos es mucho menos simpática que el dolor: así estoy segura de que la condesa de Royé se halla verdaderamente afligida por no poder ir á ver á Isolina y de que no la olvida un instante.

Cuando el médico llegó, madame Blarú se ocupaba en disponer una tisana; la señora de Herrera lloraba, y Josefa de pié al lado del lecho de Isolina, miraba á ésta inmóvil y aletargada por la fiebre, y á la anciana sumida en la más amarga afliccion.

Eran las diez de la noche; el doctor pidió una luz y Josefa llevó una bugía.

Vióse entonces aquel rostro tan simpático, tan bello, tan inteligente pocas horas antes, aletargado, cubierto de granos carmesí y con los ojos ocultos bajo la horrorosa inflamacion que invadia hasta la frente.

El médico sacudió dolorosamente la cabeza.

—¿Son viruelas, caballero?—preguntó con angustia la pobre madre.

—Sí, señora,—respondió el doctor.

—¿Hay peligro?

—Tal vez..... la epidemia aparece con una violencia extraordinaria.

El doctor, para evitar aquellas preguntas llenas de tristeza y de ansiedad, salió de la alcoba é hizo á madame Blarú una señal para que la siguiese.

—Son viruelas y de las de peor especie,—dijo; —si no le cuestan la vida, quedará horriblemente desfigurada; mas por ahora hay tal peligro, que es preciso disponerla para la confesion.

Constanza palideció: la muerte asomaba á la puerta de aquella casa su descarnada cabeza y venia escoltada de la pobreza ó acaso de la miseria.

De repente la voz de Isolina se dejó oir oscura y quebrada.

—Señora,—dijo el doctor al ver á madame Blarú que iba á correr al lecho;—no debo ocultar á usted que hay en esta habitacion un grandísimo peligro.

—¡No importa!—contestó la madre de Octavio:—no desampararé á estas desdichadas; si he de morir, hágase la voluntad de Dios.

Y se dirigió á la alcoba con la misma calma y sublime sencillez que si se tratase de la accion más trivial.

Isolina se hallaba sentada en su lecho: su ca-

beza abrasada de fiebre se sostenia con dificultad sobre su cuello esbelto y delicado: su mirada escondida en las órbitas nada podia decir, y sus lábios inflamados y ardientes dejaban pasar con gran esfuerzo una respiracion penosa y entrecortada.

—Tia mia,—dijo asiendo la mano de su madre, como para darla valor, por medio de aquella dulce presion;—tia mia..... he oido lo que el médico ha dicho y yo anhelo mucho la visita del Supremo y eterno consolador; no temais, pues, llamarle, y si dispone de mi vida, estad prontas á dársela como yo.

Una hora despues, el Señor de los señores entraba en la alcoba de Isolina; á pesar de los horribles sufrimientos que experimentaba le recibió con una dulce alegría y con un tierno respeto, despues de una sincera y contrita confesion de toda su vida pasada.

Al dia siguiente, por la mañana, el médico llamó á parte á la madre de la enferma, y la dijo:

—Señora, la vida de su hija de usted está en salvo: mas su belleza se ha perdido para siempre.

—¡Hágase la voluntad de Dios!—murmuró Isolina, á cuyos oidos llegaron estas palabras:—¡el vivir es mi castigo: el vivir pobre, sin ilusiones, sin fortuna, sin belleza, sin juventud, es muy amargo! ¡pero yo acepto la vida como la expiacion de mi vanidad!

CONCLUSION.

—

Hace algunos años se veia todas las tardes dos personas que daban tres ó cuatro vueltas en la plaza de Oriente y se sentaban despues en uno de los varios bancos de piedra que la rodean. Esto sucedia en primavera, y se estaba á fines del mes de Mayo.

De estas dos personas, la una era muy anciana y la otra estaba en la edad madura de la vida: eran dos mujeres: la de más edad conservaba restos de una notable belleza á pesar de los sesenta inviernos y de los muchos dolores escritos en su frente: la otra, de unos cuarenta, tenia una de las figuras más bellas y más elegantes que es posible imaginar.

No se podia asegurar si su atractivo consistia en la armonía de sus formas ó en el aire elegante y distinguido de toda su persona. Acaso en ambas cosas; pero es lo cierto que llamaba la atencion de una manera irresistible.